

PABLO NERUDA : SER Y MORIR

El martes 21 de noviembre de 1972 aterrizó en el aeropuerto internacional de Pudahuel, en Santiago de Chile, el avión LAN que trajo de regreso a su patria — por última vez — a Pablo Neruda. La máquina venía desde Buenos Aires, es decir traía una dirección de este a oeste, una trayectoria transversal en relación a la línea longitudinal norte-sur que caracteriza la geografía de Chile, y esa trayectoria del avión fue continuada muy luego por un automóvil pero siempre en el mismo sentido, siempre hacia el oeste, hacia Isla Negra, hacia el mar. Porque el viaje iniciado en París el día anterior, pasando sobre el Atlántico, fue en definitiva intención un regreso al mar de Neruda, a su mar, al Océano Pacífico de las costas de Chile. Por un instinto casi animal Neruda anhelaba retornar al mar de Isla Negra, y digo casi porque no era sólo su quebrantamiento físico lo que lo preocupaba sino ante todo la amenaza contra su vigor de creación.

Todo Chile vio por televisión el caminar dificultoso de Neruda al bajar del avión, pero yo vi de cerca al saludarlo, sí, el esfuerzo del que luchaba por sobreponerse al sufrimiento pero también la sonrisa inquieta del que deseaba partir cuanto antes para reinstalarse en su atalaya frente al mar, y así lo dijo a quien quiso preguntar por sus deseos. Lo que quiero subrayar es que Neruda, aunque en cierta medida consciente de su mal, no regresaba a un rincón para morir, no era ése su ánimo de primer plano: regresaba a seguir viviendo, lo que en su lenguaje significaba reactivar su trabajo poético, su creación: volvía al centro activo de su existencia, al principio viril y constructivo de su ser. (Entre ese noviembre de 1972 y el 23 de septiembre de 1973, fecha de su muerte, Neruda escribió — aparte de su semiprofética *Incitación al Nixonicidio* — varios libros de poemas después publicados por Losada: *Jardín de Invierno*, *Elegía*, *El Corazón Amarillo*, *2000*, *Libro de las Preguntas*, *El Mar y las Campanas*, *Defectos Escogidos*, y también ese collage que son sus memorias, publicadas póstumamente bajo el título *Confieso Que He Vivido* en dos ediciones simultáneas, una de Losada en Buenos Aires y otra de Seix Barral en Barcelona).

El mar de Chile era el espacio — asociado a la creación — que

el poeta necesitaba reencontrar. Que lo diga el propio Neruda con versos escritos en Francia antes de partir y publicados poco después en un cuadernillo ahora inencontrable:

*No voy al mar en este ancho verano
cubierto de calor, no voy más lejos
de los muros, las puertas y las grietas
que circundan las vidas y mi vida.
¿En qué distancia, frente a cuál ventana,
en qué estación de trenes
dejé olvidado el mar? Y allí quedamos,
yo, dando las espaldas a lo que amo,
mientras allá seguía la batalla
de blanco y verde y piedra y centelleo.
Así fue, así parece que así fue:
cambian las vidas, y el que va muriendo
no sabe que esa parte de la vida,
esa nota mayor, esa abundancia
de cólera y fulgor, quedaron lejos:
te fueron ciegamente cercenadas.
No, yo me niego al mar desconocido,
muerto, rodeado de ciudades tristes,
mar cuyas olas no saben matar,
ni cargarse de sal y de sonido.
Yo quiero el mío mar, la artillería
del océano golpeando las orillas:
aquel derrumbe insigne de turquesas:
la espuma donde muere el poderío.
No salgo al mar este verano: estoy
encerrado, enterrado, y a lo largo
del túnel que me lleva prisionero
oigo remotamente un trueno verde,
un cataclismo de botellas rotas,
un susurro de sal y de agonía.
Es el libertador. Es el océano,
lejos, allá, en mi patria, que me espera¹.*

Este último viaje al mar, desde la ciudad al océano, de este a oeste, fue la réplica instintiva de aquel primer viaje al mar cuando el poeta tenía unos quince años, o talvez menos, y al cual Neruda se refirió en detalle en sus memorias póstumas, por primera vez en detalle, iluminando ángulos y matices que antes sólo había sugerido vagamente en un poema de *Memorial de Isla Negra*, «El

1. «Llama el Océano», en: P. Neruda, *Cuatro Poemas Escritos en Francia*. Santiago, Nascimento, 1972 (diciembre). Después incluido en el volumen *Jardín de Invierno*: Buenos Aires, Losada, 1974.

Primer Mar», y en otros textos de su obra dispersa². Antes Neruda escribió mucho de sus viajes al bosque, a la selva del sur de Chile (porque eran viajes también: Neruda *iba* hacia la selva, no vivía en ella) y había detallado esas expediciones, las había revivido minuciosamente en prosa y verso, pero había escrito muy poco de sus viajes primeros hacia el mar, desde la ciudad hacia el mar, en la orientación este-oeste. Por eso el texto que ahora traen las *Memorias* (p. 24-27 en la edición Seix Barral) es de un enorme interés.

El extravío en los bosques de la Frontera había sido para Neruda un conocimiento, un aprendizaje de formas y texturas, una iniciación telúrica y estética que entonces sólo se tradujo en el gesto de la aprehensión y atesoramiento de ciertos objetos, de escarabajos y huevos de perdiz, de hojas y pedazos de madera y piedras de río. Esta ciencia oscura y sensorial no llegó todavía a sus primeros proyectos hacia otras zonas de la vida del niño sus primeras preferencias de coleccionista, que expresaban burda o ingenuamente la lección del bosque : la ternura hacia los objetos naturales (y por extensión estética hacia objetos culturales, productos del hombre). Los viajes hacia el bosque introdujeron a Neruda en la ciencia de lo terrestre, y en ellos está la raíz de su sensibilidad siempre orientada hacia lo concreto y tangible. Pero antes del mar todo eso fue ciencia acumulada, un saber que no lograba traducirse en quehacer ni proyectarse hacia el mundo, mientras por otro lado otra ciencia, otro saber, ése que le venía de los libros, lo hacía engendrar y enhebrar versos enfáticos, o quejumbrosos, o literatosos, y el muchacho sin duda sentía que algo no marchaba, que algo no andaba bien: la insatisfacción y la inseguridad lo roían.

Entonces vino el mar a confirmarlo por primera vez — como en un rito de pubertad — en la seguridad y en el orgullo de su mester, de su oficio poético. Eso fue en el verano. Ya el muchacho percibía en el ritmo de las estaciones la pulsación del cosmos, y a la constelación del invierno pertenecían el frío, la lluvia, el barro de las calles de Temuco, el viento y los temporales frenéticos que agudizaban en el niño la conciencia de su precaridad física, de su miedo, y también la conciencia de la pobreza familiar: «el cínico y desmantelado invierno del sur de América³», el «pavoroso invierno de las crecidas⁴», el invierno de las inundaciones que arrasaban las casas pobres junto al río. Por todo esto el invierno se revistió de ambi-

2. Ver a) «Préface» a la 2ª edición de la antología bilingüe *Tout l'amour*: Paris, Seghers, 1961. El original español de este texto nunca fue publicado, pero sí una retraducción autorizada en *Mapocho*, Santiago, 8 (1965). b) *Album Terusa* 1923 («Aquel bote salvavidas», «Pudo esta página...»), en : *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 157-160 (1971). c) «Las Pacheco», en : *Memorial de Isla Negra*, I.

3. P. Neruda, *Confieso que he vivido*. Memorial, Barcelona, Seix Barral, 1974: p. 24.

4. Neruda, *Anillos*, 1926: «Provincia de la Infancia».

valencia en la imaginación originaria de Neruda, oscilando entre el encogimiento grisáceo, hostil, y la sonoridad de la lluvia persistente y fecundante, ese piano de la infancia oído por días y meses desde la cama o desde el calor hogareño de la cocina, cerca de la madre. El bosque era de todas las estaciones, omnipresente, pero la ciudad era ante todo del invierno. En cambio, el mar fue inicialmente asociado al verano, por lo menos hasta ese 1927 en que salió de Chile. Desde la geografía del interior — bosque, pueblo, ciudad, liceo, universidad — los ojos y el alma del muchachito viajaban en el verano hacia el mar.

Espacio sin ambivalencia, el mar trajo a la sensibilidad de Neruda otra dimensión de su vínculo con el cosmos. El bosque fue un espacio sagrado que pudo significar aprendizaje, impregnación, ciencia, asimilación de formas y de substancias terrestres, refugio o temor reverencial. El mar le inspiró otro modo de respeto y de lección: lo que impresionó al niño Neruda fue ante todo la energía voluntariosa e insistente de las olas, el furioso poderío masculino de su ataque contra las rocas (furia que sin embargo venía desde un lejano centro — o vientre — de fecundidad: el mar adentro). Integrado a la constelación del verano y asociado al viaje, al patio de las amapolas y al amor, el mar fue un factor desencadenante de la voluntad creadora del poeta, fue primero el ejemplo, el desafío, el estímulo, el impulso hacia la escritura, el contagio del orgullo en el actuar, en el arremeter contra el obstáculo, y luego fue la renovación de la tenacidad en cada verano. Por eso en remotos momentos de dolor o de angustia física o afectiva Neruda acudió en sus poemas al bosque (como por ejemplo en «Enfermedades en mi Casa», de *Residencia en la Tierra*, o en «Quiero Volver al Sur» de *Canto General*), pero cuando fue su vitalidad creadora la amenazada por la desdicha o por el sufrimiento, entonces acudió directa y nítidamente al mar.

Con otra modulación que su contacto con el bosque, Neruda evocó también su primer viaje hacia el mar, conectado a la casa y al jardín de los Pacheco, en Puerto Saavedra, y al amor. Todo comenzó un verano en que don José del Carmen Reyes consiguió que un compadre suyo, don Horacio Pacheco, agricultor y dueño de un locomóvil y de una máquina trilladora (con los que seguramente recorría la región en el verano, arrendando servicios), le prestara su casa en la desembocadura del río Imperial, a pocos metros del mar, durante el mes de febrero. Muy de madrugada comenzó el viaje y Neruda recuerda que tiritaba de frío a pesar del verano, porque ni en verano son tibias las noches en el sur y porque él era enclenque y enfermizo. Desde Temuco hasta los muelles de Carahue en tren, ésa era la primera etapa, y de allí por el río

Imperial abajo en un barquito a ruedas: el poeta cerca de la proa y un trasfondo de acordeón campesino que tocaba alguna melodía romántica. Viaje, misterio, soledades, música que lo llamaba al amor, y Neruda comentó así desde el recuerdo: «No hay nada más invasivo para un corazón de quince años que una navegación, un río ancho y desconocido, entre riberas montañosas, en el camino del misterioso mar⁵.»

En la casa de las Pacheco (porque don Horacio tenía dos o tres hijas, una de las cuales era la Laura Pacheco que Neruda nombró en *Crepusculario*) había lo que al muchacho le pareció «un inmenso jardín desordenado, con una glorieta de maderos blancos cubiertos por las enredaderas». No era un jardín cualquiera: «Lo extraño de aquel jardín salvaje era que por designio o por descuido había solamente amapolas. Las otras plantas se habían retirado del sombrío recinto. Las había grandes y blancas como palomas, escarlatas como gotas de sangre, moradas y negras, como viudas olvidadas. Yo nunca había visto tanta inmensidad de amapolas y nunca más la he vuelto a ver⁶.» En medio de las amapolas estaba aquel pozo mencionado también en el mismo poema de *Crepusculario* («Mancha en Tierras de Color») y además había un viejo bote salvavidas que algún naufragio botó en la costa cercana y que después fue transportado y dejado allí en el huerto. Era un objeto fascinante para el muchacho, con sus adherencias marinas y su prestigio de antiguas tempestades de alta mar, y era también un hueco acogedor donde se tendía a leer y a soñar. Sobre todo a soñar, escuchando el oleaje cercano⁷.

¿Cuándo fue ese primer viaje? Neruda lo sitúa en sus quince años, aunque talvez fuera un poco anterior. En la memoria del poeta se superpusieron después los varios veranos (¿hasta el de 1924 ó 1925?) en que volvió al jardín de las amapolas. El poema «El Primer Mar» de *Memorial de Isla Negra*, escrito en 1962, evocó por primera vez aquel viaje inicial como un ávido camino (él en la proa, ansioso y expectante) hacia el centro activo de sí mismo, hacia el descubrimiento y puesta en acción de su individualidad. Lo contrario de una fuga. Desde un confuso extravío y desde la insatisfacción del que aún no sabía qué hacer con sus potencias, del que aún no *era*, el muchacho avanzaba hacia la revelación del destino personal, del quehacer propio y del orgullo de ejercerlo:

*yo, en la proa, pequeño
inhumano,*

5. *Confieso que he vivido*, ed. cit., p. 26.

6. *Confieso que he vivido*, ed. cit., p. 27.

7. Cf. textos citados en nota 2.

*perdido,
aún sin razón ni canto,
ni alegría,
atado al movimiento de las aguas
que iban entre los montes apartando
para mí solo aquellas soledades,
para mí solo aquel camino puro,
para mí solo el universo.*

La reiteración anafórica («para mí solo») subrayó el movimiento hacia la individuación por apertura de horizontes. Y entonces se nos aclara el significado nutricional pero inmóvil del bosque (acumulación de potencia y de ciencia) en comparación con el carácter desencadenante, dinamizador y activo de la experiencia marina. Este primer viaje fue oscuramente vivido por el muchacho como una progresión espiritual, como ruptura del claustro materno del bosque hacia la asunción del yo individual:

*y cuando el mar de entonces
se desplomó como una torre herida,
se incorporó encrespado de su furia,
salí de las raíces,
se me agrandó la patria,
se rompió la unidad de la madera:
la cárcel de los bosques
abrió una puerta verde
por donde entró la ola con su trueno
y se extendió mi vida
con un golpe de mar, en el espacio.*

El primer mar coincidió con el despertar adolescente de Neruda. El impacto del mar en el verano desencadenó la voluntad creadora que ya no abandonará al poeta hasta su muerte. En medio del desconcierto y de la insatisfacción había surgido una esperanza. El muchacho creyó avizorar un camino. El ímpetu y cierta confianza de superioridad que presiden los poemas de *Crepusculario* compuestos hasta mediados de 1922, encuentran explicación a través de aquel primer verano en Puerto Saavedra. Cambió el tono de sus versos de liceano, un aliento nuevo llegó a su tristeza.

Por eso el retorno al mar del sur (o al sur del océano, como dijo en *Residencia*) fue el cumplimiento de una necesidad imperiosa y esto queda particularmente en claro en el que fue uno de sus últimos libros: *El Mar y las Campanas*. Allí por última o penúltima vez dio la vida de la palabra a sus grandes amores: ese océano que miró con tristeza y despedida desde su inmovilidad de enfermo en el otoño e invierno de 1973, también Valparaíso, la ciudad amada, y por cierto otra vez Matilde, la reina de Isla Negra.

Neruda amó el mar — su mar — a primera vista, desde que el viento trajo hasta el barquito ese violento olor del Pacífico que otros mares no tienen, desde que oyó sus primeras descargas contra el roquerío, desde que sintió sobre su cuerpo el abrazo terrible y frío de sus aguas. Sólo en sus *Memorias* recordó Neruda ese nuevo rito de pubertad a que lo sometió su padre:

Lo que me asustaba era el momento apocalíptico en que mi padre nos ordenaba el baño de mar de cada día. Lejos de las olas gigantes, el agua nos salpicaba a mi hermana Laura y a mí con sus latigazos de frío. Y creíamos temblando que el dedo de una ola nos arrastraría hacia las montañas del mar. Cuando ya con los dientes castañeteando y las costillas amoratadas, nos disponíamos mi hermana y yo, tomados de la mano, a morir, sonaba el pito ferroviario y mi padre nos ordenaba salir del martirio⁸.

¡Una vez más el padre, tan abierto enemigo de la proclividad literaria de su hijo, había sido irónicamente el promotor de la individuación y de la puesta en marcha del destino poético de Neruda! El padre, el que antes lo trajo a Temuco, el que lo llevó en su tren lastrero al útero mismo de la selva, el que le enseñó a amar los puentes ferroviarios para apartarlo de los libros, sin imaginar que en su primer libro el muchacho iba a incluir un poema sobre esos puentes, el mismo padre rudo y barbirrojo ahora le había hecho posible a su hijo el primer viaje al mar y hasta le impuso el baño ritual, la ablución que precede o da comienzo a las pruebas iniciáticas.

Allí, entonces, comenzó un amor sin límites, o algo que tal vez era más que el amor, algo que por lo tanto es inencontrable. A Neruda siempre le gustó vestirse con atuendos vagamente marineros, salir a caminar con gorra, pipa y catalejo de lobo de mar. En el interior de la casa de Isla Negra se imponían los instrumentos de navegación, brújulas, mapas, sextantes y astrolabios, los famosos mascarones de proa, cantidad de antiguos libros de viajes y piratas. En el exterior había anclas y arboladuras, mástiles, una rueda de timón, cables, campanas, hasta una bandera insignia con el pez famoso, qué sé yo qué otras cosas, lo cierto es que todo en esa residencia fabulosa, incluso los balconillos salientes del dormitorio, todo contribuía a darle a la casa un aire de barco en travesía.

A aquella casa el poeta le marcó también un destino, una historia. La compró a comienzos de los años 40 con los primeros derechos de autor del *Canto General*, apenas comenzado entonces. Pero la casa y el mar siguieron perteneciendo a la constelación del verano,

8. *Confieso que he vivido*, ed. cit., p. 27.

durante años, mientras el poeta vivía en la Avenida Lynch Sur, de Santiago. Sólo cuando encontró la reina que buscaba para su tierra largamente prometida, sólo entonces, en el comienzo de 1956, la casa del verano se convirtió en la morada permanente de Pablo y de Matilde. El poeta siempre trató de hacer caber en sus casas anteriores todos los objetos del mundo, como buscando construir en ellas la cifra del planeta, la réplica de la casa del hombre, de todos los hombres. Lo único que no podía meter en las casas era su mar, y por ello la casa definitiva de Neruda tenía también que contener el mundo pero además, y necesariamente, tenía que estar junto al mar: junto al mar de Chile, claro está.

Desde sus primeros libros el mar fue para Neruda una imagen de la eternidad, una eternidad activa y rumorosa. Al retornar a él en su último viaje de este a oeste, el contacto vivificante le trajo la anhelada inyección de energía creadora, un renovado aliento para perseverar en su tarea, pero esta vez el infinito poderío vino a certificarle cada día su propia e irremediable transitoriedad, su impotencia y pequeñez frente a la muerte que sabía próxima. Uno de los últimos libros que escribió, *El Mar y las Campanas*, fue por todo esto el testimonio de una contradicción definitiva entre el amor a las manifestaciones del universo, de un modo supremo cifradas en el mar, y el sentir hasta en los huesos la implacabilidad y la indiferencia de ese mismo universo amado frente al dolor personal, frente al horror del hombre a ser reabsorbido en la nada. Pero la tensión poética del libro no surge de ningún tipo de imprecación contra la muerte, sino del esfuerzo sereno, triste pero siempre altivo, por encontrar en la energía misma de la vida el camino para aceptar la muerte:

*Hora por hora no es el día,
es dolor por dolor:
el tiempo no se arruga,
no se gasta:
mar, dice el mar,
sin tregua,
tierra, dice la tierra:
el hombre espera.
Y sólo
su campana
allí está entre las otras
guardando en su vacío
un silencio implacable
que se repartirá cuando levante
su lengua de metal ola tras ola.
De tantas cosas que tuve,
andando de rodillas por el mundo,*

*aquí, desnudo,
no tengo más que el duro mediodía
del mar, y una campana.
Me dan ellos su voz para sufrir
y su advertencia para detenerme.
Esto sucede para todo el mundo:
continúa el espacio.
Y vive el mar.
Existen las campanas⁹.*

A solas consigo mismo y con su deterioro, con su dolor, el poeta se alzó desde lo hondo de sí mismo para mirarse, para enfrentar sin miedo su verdad definitiva: y frente a la dimensión del tiempo, allí donde el mar y la tierra despliegan su identidad inagotable, Neruda se empinó — por cada uno de nosotros, por el hombre — para contraponer a la muerte la permanencia de su voz, la objetivación de su quehacer, la sonoridad manifestando la existencia humana. Al final, el viejo símbolo nerudiano de la campana — imagen de la más plena vibración de la vida — quedó en el centro de una poesía enfrentada otra vez a la más extrema negación del existir individual. No se trataba de un consuelo o de una imagen reconfortante sino de la serena verificación de algo que allí quedaba como una herencia, o mejor como una contribución a la historia formativa de una continuidad, de una permanencia, de una identidad tan señoriales como las del mar o de la tierra: la continuidad del hombre. Alguien, o muchos, de alguna manera, en alguna parte, en algún kilómetro del tiempo, ensamblarán, con otras del tejido, esta vibración que ahora es silencio. Mientras tanto, nos advirtió el poeta, allí quedó *su campana, / allí está entre las otras / guardando en su vacío / un silencio implacable / que se repartirá cuando levante / su lengua de metal ola tras ola.*

Repito, sin embargo, que en el ánimo del poeta no hubo lugar para el consuelo fácil. Una cosa era dejar constancia de la campana que forjó durante el tiempo de que dispuso, otra muy distinta era enfrentar la aproximación de la nada en soledad irremediable. Por eso el motivo de la campana fue reiterado en otro poema desde una perspectiva diferente:

*¿Ahí está el mar? Muy bien, que pase.
Dadme
la gran campana, la de raza verde,
no, ésa no es, la otra, la que tiene*

9. Neruda, *El Mar y las campanas*. Buenos Aires, Losada, 1973 (noviembre): poema «Inicial».

*en la boca de bronce una ruptura,
y ahora, nada más,
quiero estar solo
con el mar principal y la campana.
Quiero no hablar por una larga vez,
silencio, quiero aprender aún,
quiero saber si existo¹⁰.*

La campana rota vino a ser, al mismo tiempo, una de las imágenes autoalusivas en que se proyectó el dolor del hablante en este libro. Una ley de contención y de antipatetismo les impuso Neruda a sus últimos libros, rechazando o eludiendo la expresión directa de la congoja interior. En uno de los poemas de *El Mar y las Campanas* (que me recuerda a «Enfermedades en mi Casa», de *Residencia en la Tierra*) el poeta, desvelado, escucha toda la noche los gemidos de un animal pequeño, desvalido, no sabe si es un cerdito, o un pájaro, o un perro, o un oso, o un niño, pero en el fondo sí sabe quién es, porque es él, él mismo, reducido a la condición de un pequeño animal sufriente contra la inmensidad impenetrable del cosmos:

*Era una noche extensa
y en Isla Negra, el mar,
todos sus truenos, su ferretería,
sus toneles de sal, sus vidrios rotos
contra la roca inmóvil, sacudía.
El silencio era abierto y agresivo
después de cada golpe o catarata:
mi sueño se cosía
como hilando la noche interrumpida
y entonces el pequeño ser peludo,
oso pequeño o niño enfermo,
sufría asfixia o fiebre,
pequeña hoguera de dolor, gemido
contra la noche inmensa del océano,
contra la torre negra del silencio,
un animal herido,
pequeñito,
apenas susurrante
bajo el vacío de la noche,
solo¹¹.*

En otro texto el hablante proyecta de sí mismo la imagen de un caballo que antes anduvo vagando y suelto *en los potreros solos / del sur del Sur de América*, pero que al cabo de los años retornó

10. *El Mar y las campanas*, «[¿Ahí Está el Mar?]

a un llano sombrío azotado por el viento, por el invierno y por la nieve, éste último un elemento ajeno al paisaje vital de Neruda y evidentemente asociado a la muerte: allí el caballo quedó inmóvil, olfateando en vano hacia alguna pradera verde a todo sol: allí quedó, aplastado, agachado como un árbol al que un viento funesto obliga a besar la tierra : *porque es obligatorio* (acepta el hablante) / *obedecer al invierno, / dejar crecer el viento / también dentro de ti, / hasta que cae la nieve, / se unen el hoy y el día, / el viento y el pasado, / cae el frío, / al fin estamos solos, / por fin nos callaremos*¹².

Desde esta ley de contención o de pudor antipatético, veo también una proyección de sí mismo, el enmascaramiento de su dolor y de su inmovilidad, de toda su impotencia herida y que quisiera gritar, en esta imagen que el hablante nos propone de Valparaíso:

*El puerto puerto de Valparaíso
mal vestido de tierra
me ha contado: no sabe navegar:
soporta la embestida,
vendaval, terremoto,
ola marina,
todas las fuerzas le pegan
en sus narices rotas.
Valparaíso, perro pobre
ladrando por los cerros,
le pegan los pies
de la tierra
y las manos del mar.
Puerto puerto que no puede salir
a su destino abierto en la distancia
y aúlla
solo
como un tren de invierno
hacia la soledad,
hacia el mar implacable*¹³.

Pero la configuración suprema de sí mismo en ese ámbito del dolor y de la desolación la dio el hablante a través de la imagen de la campana ahora rota y antes bien templada, pero que además al regresar al silencio tomó su metal un color verde de selva, con lo cual el texto propone una superposición en la que se encuentran el final y los orígenes del cosmos nerudiano. Sin embargo esa campana aún quería vibrar, herida como estaba, con sus cica-

11. *El Mar y las campanas*, «[Un Animal Peneñol]».

12. *El Mar y las campanas*, «Regresando».

13. *El Mar y las campanas*, «[El Puerto Puerto]».

trices hundidas en la hierba, pero su canto sordo sólo logra atraer a una mariposa dorada, a una mariposa sutil y evanescente: sí, la misma frágil y efímera mariposa de otoño de antiguos versos que por unos instantes palpita sobre el metal caído y luego volotea, revolotea y desaparece¹⁴. Dice el poema:

*Esta campana rota
quiere sin embargo cantar:
el metal ahora es verde,
color de selva tiene la campana,
color de agua de estanques en el bosque,
color del día en las hojas.*

*El bronco roto y verde,
la campana de bruces
y dormida
fue enredada por las enredaderas,
y del color oro duro del bronce
pasó a color de rana:
fueron las manos del agua
la humedad de la costa,
que dio verdura al metal,
ternura a la campana.*

*Esta campana rota
arrastrada en el brusco matorral
de mi jardín salvaje,
campana verde, herida,
hunde sus cicatrices en la hierba:
no llama a nadie más, no se congrega
junto a su copa verde
más que una mariposa que palpita
sobre el metal caído y vuela huyendo
con alas amarillas¹⁵.*

En todas estas imágenes autoalusivas Neruda dejó de manifiesto su voluntad de morir espiritualmente de pie, como un último deber que se imponía a sí mismo y que no le fue nada fácil. Neruda creía en su misión de poeta y siempre admiré la honestidad y la integridad con que quiso asumirla en cada minuto de su vida. Aun en los momentos de mayor desolación y abatimiento la poesía siempre mantuvo en alto su bandera, allá en el corazón de Neruda. El respeto a sí mismo, la dignidad de cada uno de sus gestos, fue algo que se me hizo particularmente visible en el último tiempo.

14. En los dos extremos cronológicos de la poesía de Neruda, el motivo de la mariposa se ofrece asociado a la enfermedad, a la congoja, a la verificación de que todo en la vida es efímero y perecible: en suma, a la muerte. (Para los aztecas la mariposa era el símbolo del alma, del aliento vital que escapaba, sutil, de la boca del agonizante.)

15. *El Mar y las campanas*, «[Esta Campana Rota]».

Fui su amigo personal y lo vi de cerca y en confianza sufrir su enfermedad, y sus esfuerzos por sobrellevarla, y por eso no olvidaré su orgullosa disposición para recibir siempre a sus visitantes con el máximo de prestancia personal, siempre erguido en la inmovilidad de su silla, siempre vestido con esmero, cuidando que sus ropas ofrecieran colores gratos y un aire de salud.

Cuando realmente tenía buena salud, unos veinte años antes, este hombre maduro, valiente y responsable podía al mismo tiempo ser un niño. Le costaba mucho, por ejemplo, reconocer algún pequeño fracaso en situaciones sin importancia. Particularmente si el mar era testigo. Frente al mar, ese padrino en el rito de la gran iniciación y a la vez maestro tutelar, frente al océano el poeta no podía permitirse debilidad, era fuerte e invencible. Alguien me contó al respecto una anécdota simpática, ubicable hacia 1953 ó 1954. A Neruda le habían regalado unas maravillosas cometas chinas, y era la primavera en Chile, gran época para elevar volantines, especialmente la semana de fiestas patrias, alrededor del 18 de septiembre. Viajó el poeta a su Isla Negra y allá llegaron a visitarlo los escritores Efraín Barquero y Diego Muñoz, más el músico Acario Cotapos. Después del almuerzo los invitó a que lo acompañaran a elevar las cometas en la playa. Mientras bajaban Neruda alardeaba de ser un experto en el arte de elevar esos delicados artefactos: «Yo nací para elevar estas cometas», decía alegremente. Llegados al lugar, Efraín Barquero, muy joven en ese entonces y mucho más en relación a las edades de los otros, fue el encargado de sostener la primera cometa a la distancia mientras Pablo manejaba el hilo «¡Suéltala!» gritó Pablo, y Efraín soltó la cometa, la cual se elevó unos metros, dio dos o tres volteretas extrañas y luego se precipitó a tierra escandalosamente. «Efraín, tú no sabes soltar la cometa en forma adecuada: yo te voy a enseñar.» Luego de las sesudas explicaciones teóricas, volvieron a ensayar. La cometa esta vez salió con mucha energía pero a los cinco metros de altura se desvió sorpresivamente hacia la derecha y haciendo un elegante abanico se precipitó sobre las rocas en forma más bien ignominiosa. «Pablo, déjame probar a mí» dijo Efraín. «Qué sabes tú de elevar cometas, mocosito imberbe y audaz», le contestó Pablo ya irritado con los dioses, «te repito que yo nací para elevar estas cometas». Pero varios intentos sucesivos con otra cometa fueron otros tantos estrepitosos fracasos, y entonces Pablo hizo una pausa y decidió interesarse en algo que conversaban Diego y Acario por allí cerca. Efraín Barquero, aprovechando la distracción de Pablo, se hizo cargo del control de la cometa y con la ayuda de un muchachito curioso de los alrededores la puso en vuelo, y la cometa se elevó rápidamente, con mucho garbo, hasta hacerse pequeñita allá arriba. «¡Pablo,

Pablo, mira la cometa!» gritaba Efraín en el colmo del entusiasmo. Pero Efraín conocía mal a Pablo, en cuanto a su escasa capacidad para interesarse científicamente en fenómenos de tal tipo. Pablo había mirado por el rabillo del ojo el éxito de la operación de Efraín y entonces, tomando por los hombros a sus amigos de toda la vida, Diego y Acario, se alejó con ellos hacia unos acantilados, sordo a los gritos de Efraín, mientras les decía: «¿Pero han visto ustedes cómo rompe el oleaje en el roquerío de Punta del Trueno a esta hora, que parece un ballet de espumas y de furias? Es algo maravilloso. Vamos, vamos todos hacia allá: yo debo mostrarles a ustedes estos prodigios de la naturaleza.»

Así era este hombre que sabía llegar a todos los públicos y comunicarse con todos ellos. Los discos no lograron recoger la magia que desplegaba su voz aparentemente monótona ante los más variados auditorios, esa voz que parecía venir del fondo del tiempo con lenta entonación de bosque, de gruta submarina, de milenios. Esa voz supo llegar al corazón de una multitud de obreros en el local de los trabajadores de la construcción o de la electricidad en Santiago, o en la casa sindical de los mineros de Lota, cerca de Concepción, o en las salitreras y en los campamentos de los mineros del cobre en el norte de Chile, pero también supo llegar al corazón del público reunido en el Aula Magna de Oxford o en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, en la sala de conferencias de la Biblioteca Nacional o en el Circo Caupolicán repleto de estudiantes. Neruda fue escuchado con tanto interés en el Estadio Nacional de Santiago como en el palacio real de Estocolmo.

Esa voz nunca más se escuchará sino en el reflejo mezcquino de los discos o en la banda sonora de las películas. El martes 18 de septiembre de 1973, día de la independencia política de Chile y una semana después del golpe militar, el organismo de Neruda ya no resistió la crisis que le provocaron esos días. Aislado por la distancia, inmovilizado por la enfermedad, ya tenía suficiente con lo que su experiencia le permitía captar a través de la radio y de la televisión: todo estuvo trágicamente claro para él a partir de las noticias sobre el bombardeo del palacio de La Moneda y la heroica muerte de su amigo Salvador Allende, como alcanzó a escribir en su *Memorias*. La dimensión próxima y cabal de lo sucedido le llegó a Neruda cuando tres o cuatro buses se detuvieron ante la reja, y poco después era un hormiguero de hombres buscando metralletas y bazookas debajo de las anclas, en el interior del viejo locomóvil, entre sus maravillosas ediciones de Rimbaud, o bajo la cama, mientras él o Matilde debían soportar un peregrino interrogatorio, no muy bien educado, imagínense, cuando él apenas podía soportar los interrogatorios periodísticos.

Aunque consciente de su deterioro físico, Neruda había decidido vivir varios años más, por lo menos hasta una semana después del 12 de julio de 1974, para que su cumpleaños número 70 fuese de algún modo una contribución al triunfo de ese Chile en el que creía y en el que veía cifradas tantas esperanzas de los pueblos de América, y tal decisión de Neruda, tratándose de él había que tomarla en serio. Pero los acontecimientos de aquella primavera siniestra en Chile, bien conocidos y calificados en todo el mundo, derrumbaron sin duda sus reservas vitales. Matilde Urrutia, en una entrevista concedida al diario *La Opinión* de Buenos Aires, hizo el siguiente relato:

Su médico de Valparaíso fue apresado el día 13, así que no pudo llegar. Entonces me comunicaba con Vargas Salazar, en Santiago, y él le recetaba los antibióticos que yo ya tenía. Pero la fiebre no le bajaba. El día 18 lograron pasar algunos amigos nuestros y le contaron todo lo que estaba ocurriendo en Santiago. Eso fue peor. Por la noche estubo muy mal. Al otro día llamé una ambulancia para llevarlo a Santiago (la cual) costó mucho para que llegara hasta la Isla (...) Nos fuimos en la ambulancia y al pasar por el lugar donde se paga peaje (en el camino hacia la capital) nos encontramos con que revisaban a la gente.

Cuando llegamos yo dije: «Se trata de Pablo Neruda que está muy grave.» Reaccionaron como si no me hubieran oído. Me hicieron salir de su lado para revisarme y eso lo afectó mucho. Nunca en la vida lo había visto llorar a Pablo, y en ese momento vi cómo le corrieron las lágrimas. Cuando volví junto a él, me dijo : «Límpiame los ojos, Patoja.» Le limpié los ojos y le dije: «Ay, Pablito, no vamos a hacer de esto, pues, una cosa trágica. Lo están haciendo con todos los coches. Esto es una tontería.» Traté de no darle ninguna importancia, aunque por dentro estaba llorando más que él. Llegamos a la clínica y él estaba bastante mal, pero yo no me daba cuenta. Pensaba que era algo así como otras veces, alguna infección intestinal u otra como ya había tenido antes. Pensaba que era la fiebre que tenía, pero Pablo estaba quebrado por dentro. El, que tenía una fuerza sobrehumana, en ese momento se quebró¹⁶.

En vista de las dificultades para la atención médica y de la destrucción de su casa en Santiago, Neruda aceptó una invitación oficial del gobierno de México para trasladarse a ese país. Matilde partió a Isla Negra a buscar un par de valijas con lo indispensable para el viaje, pero al regresar el día 22 encontró a Pablo muy desmejorado. Sin embargo el día 21 dictó a Homero Arce algunas páginas para completar sus memorias y también algunos poemas,

16. «Los últimos días de Pablo Neruda: relato de Matilde Urrutia». *La Opinión*, Buenos Aires (dom. 5 mayo 1974).

poemas combativos, de indignación y de esperanza, que aún no se conocen. La noche del sábado 22 conversó con Matilde y le declaró que cuando se repusiera compondría algunos libros más: «han sido pocos», le dijo. «Fue bueno quedarme sola con él esa noche», me contó después Matilde. «Laurita se había ido. No quise enfermera en la pieza. Me quedé sola con él y quería conversarme, fue muy tierno conmigo esa última noche de su vida. Le rogué que durmiera un poco pues sabía que dormir lo reponía completamente. Hemos salido de otras peores, juntos, me dijo. Durmió unas dos horas pero cuando despertó ya no era el mismo, nunca más volvió a ser el mismo: una excitación febril se apoderó de él; ya no me reconocía más. Deliraba. Su conciencia y su corazón estaban con los amigos perseguidos y torturados, y en medio de su discurso incoherente gritaba a ratos «¡los están fusilando! ¡los están fusilando!» y luego el sopor y otra vez el delirio, hasta que en la madrugada del domingo entró en estado de coma. «Está muy grave» me dijo Vargas Salazar, «es difícil que supere esta crisis». A esa altura Pablo ya no reconocía a nadie. Yo no quería pensar en nada y me aferraba a la esperanza de su gran vitalidad. Al mediodía del domingo encargué a Manuel Araya, un muchacho muy joven que era el chófer de Pablo, que me trajese algún medicamento u otra cosa, pero las horas pasaron y Manuel no volvió. Después supe que lo habían detenido y conducido al Estadio Nacional, donde lo pasó muy mal, y el automóvil me costó ubicarlo y recuperarlo.»

Pablo Neruda murió a las 22:30 horas del día 23 de septiembre. Matilde, Laurita (su hermana) y la escritora Teresa Hamel vistieron el cadáver del poeta y así fue conducido a la «capilla» de la clínica, mejor dicho a un sórdido pasillo de acceso, porque la sala llamada capilla estaba ocupada por un féretro con mucha pompa, flores, cirios y candelabros de metal. Matilde se había jurado no separarse del cadáver de Pablo ante el riesgo de que se apoderasen de él para alguna mascarada de ceremonia oficial, o para alguna otra utilización peor, y pasó la noche en aquel pasillo siniestro de la Clínica Santa María, que no olvidaré porque allí la encontré muy temprano, en medio del desamparo y de la soledad, cuando la suspensión del toque de queda me permitió llegar a la clínica. Cuando llegaron después los periodistas extranjeros el cadáver de Neruda había sido movido un poco hacia una especie de antesala de la capilla, un recinto gris y desnudo que más parecía una morgue. El poeta, vestido con chaqueta deportiva y una camisa de cuello abierto, parecía reposar sobre la camilla y su gesto era plácido, casi sonriente. Pasó un par de horas antes de que pudiese llegar la urna, y durante todo ese tiempo recuerdo a Matilde de pie junto a la camilla, mirando largamente el rostro de Pablo, sin decir

nada, muy serena en su dolor. De cuando en cuando algunas palabras de respuesta a algún periodista. Por fin llegó la urna, que era de color metal, gris acero. Matilde dijo: «Yo no entiendo de funerarias. Teresa se encargó de traer la urna. Sólo le exigí que no fuese negra. Pablo odiaba el color negro de los funerales.»

Como a las diez de la mañana los restos de Neruda fueron trasladados a la casa de calle Márquez de la Plata, La Chascona, situada al pie del cerro San Cristóbal, por lo cual es una construcción en varios niveles. Fue una hazaña hacer entrar el cadáver, porque además de destrozada y de saqueada la casa había sido inundada en su planta baja con las aguas de un canal que corría bordeando el cerro, más arriba de la Chascona. Alguien abrió una compuerta y una parte del agua se desvió hacia la casa, abajo, por varios días, y entonces hubo que improvisar un puente con tablones y una puerta vieja, pero aún así algunos tuvieron que meterse al agua para afirmar el féretro por los lados e impedir que cayese a la corriente.

Mientras tanto, arriba en la casa se hacían esfuerzos por despejar la sala principal de los escombros y huellas del pillaje. Parecían los efectos de un bombardeo. Allí fue instalada la urna. Mucha gente anónima trajo flores y lágrimas por los que no podían llegar. También vinieron algunos personajes como Radomiro Tomic, Flavián Levine y Máximo Pacheco. Al mediodía llegaron dos representantes de la junta, un tal coronel Ibáñez y otro militar, pero Matilde se negó a recibirlos. Había muchos periodistas extranjeros y hasta las 6 ó 7 de la tarde la casa estuvo llena de gente, fluir permanente de personas que querían expresar de alguna manera el dolor de Chile. Era evidente que algunas de ellas entraban sin haber superado todavía el terror a ser sorprendidas en ese lugar, y se iban rápidamente.

Como a las 7 de la tarde de ese lunes fui a mi casa a buscar algunas frazadas y luego regresé para quedarme toda la noche velando a Pablo. El toque de queda empezaba entonces a las ocho y volví a Márquez de la Plata sólo algunos minutos antes. Ya había oscurecido. No había nadie en la calleja pero de algún rincón salí de pronto un tipo que dijo ser periodista y que buscaba la casa de Neruda. Subió conmigo la escalera de acceso pero se limitó a echar un vistazo al interior de la sala y bajó enseguida. Seguramente era un policía.

Hubo solamente nueve personas en el velorio de Neruda: Matilde, Laura Reyes, un matrimonio de apellido Cárcamo, Aída Figueroa (esposa del ex-ministro de Justicia Sergio Inzunza), Elena Nascimento, Juanita Flores, Enriqueta (viuda del fotógrafo Antonio Quintana) y yo. Matilde durmió un rato. Era increíble que se tuviera en

pie después de tantos días y noches en vela, pero menos de dos horas después otra vez se había levantado, vigilante, y volvió, a su guardia junto al cadáver del poeta, mirándolo intensamente como había hecho durante todo el día. Me puse del otro lado de la urna, en silencio, y ella sin mirarme empezó a contarme detalles dispersos de los últimos días, de los últimos meses, de los proyectos inconclusos, más bien como si estuviera recordando a media voz. Conversamos largamente, había tiempo, y mientras pasaban las horas comprendí, mejor que nunca antes, cómo esa mujer se había integrado profundamente a la vida y al destino del poeta. Me pareció admirable la entereza y la prestancia con que Matilde asumió, en esas horas múltiplemente penosas, la bandera orgullosa de Neruda, su representación, vigilando que las cosas ocurrieran conforme a los deseos o al estilo de Pablo, teniendo en cuenta las circunstancias, claro está. Ella no volvió a dormir durante el resto de la noche. Recién había comenzado la primavera, pero el frío era intenso y se colaba sin problemas por los vidrios rotos. Había en la habitación un clima melancólico y sereno. Yo pensaba (no lo pude evitar) en el velorio que habría tenido Pablo si hubiese muerto 15 días antes.

El martes 25, a las 9 de la mañana, otra vez la tristeza de sacar el cadáver atravesando difícilmente el agua que inundaba la entrada y la planta baja, todo en estado calamitoso. Los periodistas extranjeros, muchos de ellos habían llegado el día anterior, no cabían en sí de asombro ante la escena, y tanto allí como en el cementerio más tarde vi a varios de ellos ser incapaces de contener la emoción y las lágrimas. Cuando logramos sacar la urna, afuera, en la calle, se había reunido ya un considerable grupo de obreros y estudiantes, y escuché los primeros gritos: «¡Camarada Pablo Neruda!» gritaba uno y todas las otras voces contestaban «¡Presente!» El cortejo partió en desafiante columna (toda manifestación masiva estaba, por supuesto, y sigue estando, estrictísimamente prohibida, incluyendo los funerales) y esa columna se fue engrosando en el camino.

Al llegar al Cementerio General por Avenidad La Paz, el entierro se convirtió en una manifestación popular impresionante, la primera desde el 11 de septiembre. Yo había quedado rezagado y cuando me reincorporé al cortejo confieso que quedé helado de pavor pues ya en un tono crecientemente alto la gente iba cantando La Internacional, puño en alto, todos sin distinción. De pronto me encontré también puño en alto y cantando. Los soldados, armados hasta los dientes, rodeaban la plaza que está frente al cementerio y yo creí sinceramente que era cosa de segundos la descarga de metralletas cuando alguien de gran vozarrón empezó a gritar: «¡Compañero Pablo Neruda!» y todos contestamos «¡Presente!».

Se repitió el grito dos o tres veces, y las respuestas crecían en fuerza, pero de pronto el grito fue: «¡Compañero Víctor Jara!» A todos se nos quebró la voz porque era la primera vez que se nombraba a Víctor en público denunciando su vil asesinato: «¡Presente!» Pero enseguida el vozarrón gritó: «¡Compañero Salvador Allende!» Y entonces la respuesta fue un aullido ronco, quebrado, distorsionado por la emoción y por el terror y por las ganas de gritar de modo que se oyera en todo el mundo: «¡Presente!» Yo creo que ahí se nos pasó el miedo a todos, porque ahí ya no había nada que hacer: más valía morir con el puño en alto y cantando La Internacional, y así, cantando a voz en cuello, todos llorando, entramos al Cementerio General. Tal vez la presencia de muchos periodistas extranjeros nos salvó, lo cierto fue que con su muerte Pablo Neruda provocó un grave problema que no estaba consultado en el plan y para el cual no había respuesta.

Ya en el interior del cementerio ocurrió algo curioso. A medida que se acercaba al sitio de la tumba, el cortejo empezó a tomar velocidad. Era un cortejo modesto, provinciano, falto de orden y de protocolo, un cortejo verdaderamente popular, y nadie por cierto se preocupó de que tuviese un carácter solemne. Ocurrió que todos querían estar cerca de la tumba para la ceremonia misma de la sepultación y entonces los que iban fuera de la columna empezaron a apurarse. De pronto vi a Matilde y a todo el cortejo casi corriendo: los portadores del féretro se habían comenzado a apurar también, sin duda contagiados por la prisa de la gente que pasaba a su lado y por la ausencia de alguien que pusiera allí un poco de ceremonia que a nadie hacía falta.

Ni siquiera había tumba en la mañana temprano. A última hora la escritora Adriana Dittborn prestó su propio nicho en el mausoleo familiar hasta que Pablo pudiese ser trasladado a Isla Negra según sus deseos. Antes de sepultar el cadáver hablaron el poeta Edmundo Herrera en representación de los escritores, el Dr. Yolando Pino y Roberto Meza Fuentes en representación de alguna Academia (pero en estricta verdad era la despedida de los compañeros de generación y de antiguas inquietudes juveniles); un muchacho proletario leyó unos versos suyos escritos sin duda la noche anterior, versos muy melodramáticos pero oportunos y que a todos nos parecieron muy bien; recuerdo también a Chela Álvarez leyendo unos versos de *Canto General* y a Francisco Coloane asociando a Neruda con el mar y con la tierra chilena. Hablaron asimismo varios hombres y mujeres cuyos nombres nadie conocía, gentes muy modestas tratando de expresar lo inexpresable, enhebrando con dificultad palabras que querían apuntar al dolor y al significado que para ellos tenía la muerte de Pablo Neruda. Parecía que todos anhelaban decir

algo, confusamente, y las intervenciones duraron casi tres horas. Fue, de veras, un funeral maravillosamente doméstico y popular.

El destino de Neruda quiso que en su muerte estuviese tan cerca de la tierra y tan lejos de la pompa como cuando se sentía poeta solitario allá en el sur, en la Frontera. Pero en verdad no fueron ni el destino ni el azar los que llenaron de significado la muerte de Neruda: simplemente fue un hombre que murió en servicio activo, combatiendo, y su muerte fue la voz de los que no podían gritar al mundo su indignación y su voluntad de resistir. Nada entonces hubo de casual en que al morir y al volver a la tierra estuviese rodeado solamente del pueblo anónimo del cual salió, del cual se nutrió y al que en definitiva dedicó su obra y lo mejor de su existencia.

HERNAN LOYOLA
(Chile)